

33a.Ordinario, Martes

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: "Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa". Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: "Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador". Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: "Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo". Jesús le dijo: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lucas 19,1-10).

Jesús se encuentra en camino hacia Jerusalén. Allí va a completar su obra, la misión que el Padre le ha encomendado. Y lo hará de la manera más incomprensible para los humanos: dando su vida para que salvemos la nuestra.

En su subida a la ciudad santa pasa por Jericó. Ya casi al llegar se le presenta aquel ciego que pide la visión. Y luego descubre que hay otro pobre que espera por él, aunque solo por pura curiosidad.

Si el ciego era pobre, posiblemente miserable, este es rico, pero padece la pobreza del que se cree poderoso. Se ha subido a un árbol, pues era pequeño de estatura, para ver mejor. Ya en este gesto demuestra que está siendo interiormente llamado a algo desconocido. Y es entonces cuando siente una voz que lo invita a bajar, porque quiere hospedarse en su casa. Aquel a quien él sentía curiosidad por ver, se le hace presente, invitándose a comer con él.

Por lo que ocurrió después podemos descubrir que Zaqueo no era un hombre malo. Había encontrado un buen puesto de trabajo, por el que era odiado por sus compatriotas, pues se trataba de colaborar con los opresores romanos, cobrando sus impuestos.

Por eso y porque tenían fama de hacerse ricos exigiendo más dinero del que debían, los "publicanos", como se les llamaba, eran considerados por la mayoría como pecadores públicos. Zaqueo era, además, jefe de publicanos.

Pero Jesús no hace distinción de personas. De ahí que quiera dar a este hombre la oportunidad de arrepentirse y cambiar su vida. Y Zaqueo la aprovechó al máximo.

Demostrando su intención de convertirse al Señor, prometió dar la mitad de sus bienes a los pobres, y resarcir a cualquiera que se sintiera robado por él.

Con esto quiso también afirmar que no todo lo que tenía era robado, pero estaba dispuesto a hacerlo, porque había sentido en lo más íntimo de su alma la llamada

de Jesús. La salvación que El le ofrecía valía mucho más que todos los tesoros del mundo.

Nadie ha sido excluido de esta salvación, pero de la actitud de Zaqueo tendrían que aprender todos los que poseen bienes de fortuna. No que tengan que regalar todo lo que tienen, pero deben abrirse a los que no tienen para hacer fructificar una riqueza que nunca se pierde.

Los que son ricos porque han robado, tienen que devolver lo que no es suyo. Los que lo han ganado honradamente, deben pensar que el mejor de los negocios es el que se hace con el Señor: "El ciento por uno en esta vida, y después la vida eterna" (ver Marcos 10,30).

Padre Arnaldo Bazan